

á muchos insectos sorprendidos por el frio y por la desolacion.

Chona se envolvió en un abrigo de cachemira, puso las manos en un manguito de pieles y se hizo conducir en uno de sus coches, al paseo de Bucareli, arrellanada en el fondo del coche y proponiéndose no saludar á nadie.

El carruaje en que iba Chona, era un cupé ingles negro con alto pescante y tirado por dos hermosos frisonos negros tambien.

Los criados, con ese tino particular del que está acostumbrado á servir, habian adivinado que Chona estaba de mal talante.

—No te pares, le dijo el lacayo al cochero.

—¿Por qué?

—¿No ves que la señora está de flato? Si nos paramos se incomoda; sigue, sigue.

—Hemos trotado una hora y mira al chico.

—¿Como está tan ovachon!

—Pues eso has de ver.

Sin haberse parado un momento, Chona llegó á su casa despues de la oracion.

## CAPITULO XX.

### DON ARISTEO TENTADO DEL DEMONIO.

**C**UANDO llegó D. Aristeo á la casa de Sanchez, doña Felipa lo esperaba impaciente.

—¿Qué tal? preguntó á D. Aristeo.

—¿Quite usted allá, doña Felipa! ¡qué muger!

—¿Qué tiene?

—En primer lugar es hermosísima.

—¿Oiga?

—No he visto una muger mas linda.

—¿Es posible?

—Sí, doña Felipa; es una divinidad, quiero decir, no

una divinidad, es una exageracion; pero sí es el diablo mas hermoso que he visto.

—No entiendo.

—Figúrese usted una muger con un pelo como de ángel; ¡Ave María Purísima! ya vuelvo á hacer estas comparaciones inconvenientes.

—Vea usted, Don Aristeo; yo comprendo perfectamente un diablo bello. Luzbel era el ángel mas lindo y ahí lo tiene usted ahora con cuernos.

—Me parece muy buena la comparacion, doña Felipa; pues figúrese usted á Luzbel hembra, allá cuando todavía era ángel bueno.

—Sí.

—Pues ahí tiene usted á Ketty.

—¿Así se llama?

—Sí; vaya usted á ver, hasta el nombre es raro; yo no conozco á ninguna Ketty.

—¿Y bien vestida?

—No me diga usted, estaba..... lo que se llama..... figúresela usted..... así, de una manera..... en fin..... verdel

—¿Verde?

—Verde, doña Felipa, como una esmeralda, y con unas manos..... ¡qué manos!..... ¿Ha ido usted á la Academia?

—¿De San Carlos?

—Sí.

—¿Ha visto usted la Vénus de mármol?

—La ví con el rabo del ojo.

—Pero en fin, le veria usted siquiera las manos.

—Sí..... y algo mas, el pecho.

—Pues haga usted cuenta que Ketty tiene las manos y el pecho de la Vénus de la Academia.

—¿Es posible?

—Y si le digo á usted que mejores, no le miento.

—¿Y qué idioma habla?

—Como usted y como yo, castellano.

—¿Conque entiende?

—Perfectamente.

—¿No es necesario gritarle ni hacerle señas?

—No, qué gritarle, si es vivísima.

—¿Y de dónde es?

—Nació en Francia, pero ha vivido viajando.

—¡Qué mal gusto!

—¡Quite usted allá, doña Felipa! que mal gusto! si viera usted como ha gozado esa muger!

—¿Oiga?

—Sí, viajando se goza mucho.

—¿Y los ladrones?

—Por allá no hay ladrones.

—Eso dicen.

—Es un hecho, y ademas se viaja en vapor.

—Bueno, bueno; pero vamos al grano: ¿qué hizo usted?

—Pues yo..... almorzar.

—¿Cómo, es posible?

—Quiero decir, ella me dijo:—¿Toma usted el *lunch*? y

yo le dije:—*tomaré el lunch*, por parecerme que..... en fin, puede ser que estas extranjeras que son tan raras, tomen á desaire ó á mala crianza que uno no acepte el *lunch*.

—Hizo usted bien entonces; ¿y comeria usted cosas raras?

—No, un queso amarillo.

—¿Y qué mas?

—Habia un jamon exquisito; de buena gana le hubiera traído á usted una lonja.

—¡Dios me libre! Pero á todo esto, ¿qué hizo usted de provecho?

—Pues hice... en fin, preparar el terreno, eso es obra larga, doña Felipa.

—¿Y usted cree que conseguiremos?.....

—Sí, lentamente, lentamente yo iré minando y con paciencia.....

—Pues Dios lo haga!

—Esperamos en su misericordia infinita, que hemos de salir con bien de esta empresa, que es como si dijéramos la extirpacion de un espíritu maligno.

—Pero.....permítame usted que sea curiosa, D. Aristeo: ¿realmente es una muger que valga la pena, ó que de alguna manera sea disculpable el hombre que.....

—Vea usted, doña Felipa, ya usted me conoce, ya sabe usted que yo soy un hombre de plomo.

—¿Y qué.....

—La verdad..... disculpo á mi compadre, dijo bajan-

do la voz; se entiende que en términos hábiles, no por supuesto como materia de conciencia, pero en fin, así tiene al menos la disculpa de la hermosura.

—¿Conque es mejor que Amalia?

—Con terciá y quinta.

Esta conversacion se prolongó por mucho tiempo entre D. Aristeo y doña Felipa, y subieron de punto la animacion y los comentarios desde el momento en que doña Zeferina, deseosa de saber lo que habia pasado, cambió el turno de sus visitas á fin de averiguar el resultado de la entrevista de D. Aristeo con la cocota.

Doña Zeferina ofreció, por su parte, andar una nueva novena á cierto santo de su devocion que ya en ciertas ocasiones la habia sacado avante en asuntos mas intrincados y difíciles.

Don Aristeo manifestaba estar en todo de acuerdo con las viejas; pero en realidad, lo único que deseaba era seguir poniéndose en comunicacion con la cocota, cuya imagen tenia grabada en la mente de una manera persistente é inusitada.

Cuando Don Aristeo estuvo solo, experimentó cierto placer en entregarse de lleno á sus reflexiones, al grado que aquella noche, sin saber cómo, se durmió bien tarde, sin haberse acordado de rezar sus devociones; omision que notó al despertar y cuya deuda (en obsequio de sus buenas costumbres debemos decirlo) pagó con religiosa escrupulosidad.

—Despues de todo, pensaba D. Aristeo, esas mugeres,

prescindiendo del infierno que se mamarán despues, son felices; siempre amadas, siempre llenas de comodidades y cambiando de propietarios segun las latitudes.

Una muger de estas, no puede menos que no tener corazon, ó tenerlo organizado de una manera que se acomode fácilmente al cambio frecuente de amantes, que aunque no sean buenos mozos ni hombres de atractivos irresistibles, como mi compadre, tengan sin embargo lo bastante para proporcionarles esa suma de comodidades de reina.

¡Ay! en mi tiempo no habia cocotas; pero todo ha adelantado; bendito sea Dios! esta civilizacion europea ha de acabar completamente con nuestras buenas costumbres.

¡Vaya con mi compadre, y qué buenos ratos ha de haber pasadol eso sí, por su dinero; pero bien visto, esta es una cosa de la civilizacion, está muy bien pensada, digo, no tratándose de católicos, porque yo creo que en lo general los amantes de esas señoras no han de ser católicos. Mi compadre es cierto que lo era, pero está completamente cambiado; es cosa que ya no se le puede hablar de santos ni de nada de eso, sin que se ponga á decir cada disparate del tamaño del mundo.

Si yo tuviera la conciencia un poco ancha, si por un poco de tiempo pudiera sofocar los avisos de mi razon y de mi moralidad, estoy por decir que pretenderia que mi compadre se desprendiera de la cocota, y á mi vez ensayaria yo un par de meses..... no, es mucho, siquiera una quincena; haria de cuenta que soy rico y viviría un

poco en esa atmósfera de placer..... ¡Qué barbaridades estoy pensando, señor! ¿qué es lo que me ha sucedido? ¡Dios miol! lo que puede una mala compañal me ha bastado ver á esa muger de mis pecados, para preocuparme hasta el grado de..... vamos, vamos, es necesario tener un poco de juicio, porque ni mi edad, ni mis circunstancias, son á propósito para meterme en esos devaneos.

Si yo tuviera siquiera dinero, ya seria otra cosa, porque bien claro me dijo esa muger que *si yo tenia minas* bien podia viajar con ella. ¡Oh! y lo qué es esto, sí lo sostengo, porque no faltaba mas, sino que despues de todo tuviera yo que sufrir un desprecio de esa muger cuando se enterase de que soy pobre; porque supuesto que para estas diablos lo único que vale es el dinero y no saben apreciar ninguna otra virtud, es necesario que siga creyendo que tengo minas.

Y por otra parte, bien podria sostener el papel de rico, al menos por cierto tiempo; todavía me queda algo en Oaxaca, y vendiendo mi casa, me alcanzaria para algo; eso sí, solo para hacer el papel de minero por algun tiempo y para que esa muger no me coja en mentira.

Y ahora que me acuerdo, mi compadre está apurado, su situacion financiera es de las mas desesperadas; sus despilfarros lo están conduciendo á grandes pasos á la mas completa ruina, y ni él ni yo habiamos pensado en que tal vez mi casa de Oaxaca que para nada me sirve, podia ser un buen medio, tanto para que él salga por lo pronto de su situacion comprometida, cuanto para que yo

entre en posesion de algo de lo que me pertenece. Decididamente le hablaré á mi compadre y la ocasion me parece oportuna.

Acto continuo D. Aristeo entró al cuarto de Sanchez.

—Buenos dias, compadre.

—Don Aristeo, felices; ¿qué milagro?

—Hombre, he tenido una idea.

—Veamos, compadre.

—¿Se acuerda usted de mi casa de Oaxaca?

—¡Vaya si me acuerdo! sobre que me escribieron hace un mes para ver si se promovia de nuevo el asunto.

—Pues en eso he pensado anoche, compadre, y si usted quiere podriamos proponer la transaccion y que se venda la casa.

—Eso debia usted haberlo hecho hace dos años.

—Pero qué quiere usted, compadre, todos tenemos nuestros caprichos.

—Vamos á ver, le compro á usted el negocio.

—¿Al contado?

—Pero compadre, usted sabe bien cómo estoy.

—Pero es que para seguir perdiendo, me parece una racional compensacion recibir en efectivo.

—Eso es muy difícil, pero por fin veremos; con tal que pudiéramos combinar las cosas de manera que yo á mi vez saliera tambien de algunos compromisos, cuente usted con que le conseguiria á usted dinero á toda costa.

—Pero si usted puede, solo queriendo, disponer de trescientos pesos mensuales.

—¡Ah!..... sí..... dijo Sanchez.

—Pues bien, me conformo con esos trescientos pesos mensuales y el resto al término del asunto.

—Quiere decir, á la venta de la casa.

—Bien, sea entónces. Ya usted ve que lo único que usted sacrifica á su tranquilidad, es esa señora..... su cocota de usted, compadre, que es la causa de su ruina y que seguirá siéndolo, si Dios no lo remedia y si usted no dá un paso enérgico para quitarse de una vez de complicaciones.....

—Como siempre, las reflexiones de usted, compadre, son muy justas; y en consultando este negocio á ciertas personas, creo que podremos arreglar algo; en fin, tenga usted esperanzas.

—Piénselo usted bien.

—Así lo haré.